

dañar la *tienda del cerebelo* ó el *bendolote semi-circular*.

Si solo la *membrana meninge* fuese la atacada y aún no se hubiese producido la *meningorrea*, acaso la *duramater* no ofrecería peligro y siempre se estaría en tiempo de evitar *cálculos cerebelosos*.

Me alienta la idea de que te habrás persuadido de lo extraordinariamente grave que fuera la *insania* de que te hablo, si se hiciese contagiosa.

Y que está próxima á serlo, me lo parece, porque atrás del *antropomorfismo*, se ven venir las formaciones *paleozoicas*, que como tú sabes, se componen de *carbón*, y no faltará quien cerea de este vea diamantes, con lo cual puede alucinarse declarándose partidario del *cambrío*, que al fin y al cabo los diamantes no son ni *carapachos* ni *celospernes*.

Con que así, procura en lo posible hacer propaganda que evite el aumento del mal.

Que se lleven á efecto las medidas requeridas en tiempo de epidemia. Que las cuarentenas sean enérgicamente observadas. Que se cierre el puerto para los *mamíferos* como *Faturót*. Que se haga en fin todo aquello que pueda evitar el contagio.

Aunque ser más estenso fuérame fácil, concluyo aquí, porque mi objeto era primero darte una muestra de lo útil que es escribir *científicamente*, y despues pedirte que en algo contribuyas á impedir que el aplauso de los necios venga á dar patente de sabiduría á los que buscan causar efecto por medios estrafalarios, exhibiéndose como maestros cuando apénas servirían para discípulos.

Siempre tuyo,
Trócoli.

Los gobiernos fuertes

Señor don Angel Floro Costa, abogado peripatético.

Montevideo, Junio 6 de 1878.

Ilustre doctor:

He leído y releído la carta dirigida por usted al egregio redactor de *El Ferro-Carril*, y me es muy grato comunicarle que convenimos en ideas. Estoy por los gobiernos fuertes, como usted, y ¡viva el sistema del garrote y la ley del embudo!

Tambien soy partidario de la represion y de la restriccion en toda materia, y lamento que hayamos entrado en las anchurosas y claras vias constitucionales, cuando íbamos tan cómo-

damente por las oscuras y angostas veredas de la Dictadura.

Ya vé usted que un *coprolito* como yo y primo del gorilla como usted, estamos acuerdo en todo. El sábio y el bruto, el dios y el lego, el anciano y el niño, usted y yo, don Angel Floro, pensamos al igual, *némine áuante*. ¿Le gusta el latinajo? Yo no sé francamente si encaja bien ó mal, pero lo he puesto para imitar á usted, que á cada renglon, y venga ó no venga al caso, estampa en sus lucubraciones, nada más que para que le tengan por erudito:

Cláusulas y metáforas diabólicas

Cuyas cláusulas y metáforas se encuentran centenares en la *Pequeña flora latina*, en el *Journal de raices griegas*, en la *Gramática literaria* de Pierre Larousse, y en otros epitomes, centos y librefijos por el estilo, que nos son muy familiares á los sábios de la legua. En esas fuentes hemos bebido la copiosa erudicion de que hemos gala á tontas y á locas.

El *sesquipedalia verba* de Horacio, el *laus ogni speranza* de Alighieri, el *to be or not to be* de Shakespeare, y la *critique n'a jamais tué* de Chateaubriand, así como otras multitud de frases que citamos sin ton ni son, que hemos leído en Chateaubriand, ni en Shakespeare, ni en Dante, ni en Horacio, sino en compendios y diccionarios á que me he referido, auxiliares y favorecedores de la pedantería á la alta escuela. Así es que somos eruditos á la violeta, señor don Angel Floro.

Pero volviendo á la cuestion como dicen los diputados, me felicito de concordar con usted en pensamientos y en propósitos. La letra sangra entra: esto es más viejo y conocido que la ruda, ó si usted lo quiere de otro modo, más viejo y conocido que su nombre y sus partes telectuales.

Sabido es que no hay gobiernos como los fuertes para eso de dar garantías, ordenar libertades y ventura á los pueblos. ¿Y si ignora que en un país donde anda el palo, más de reinar un *terror saludable*, la cosa puede marchar mucho mejor que batallon disciplinado.

Porque pedir libertades y derechos y garantías y otras zarandajas á un gobierno que sea fuerte, es lo mismo que desear gollos quereres imposibles, ó pedir modestia á un *copomorfo* tan enciclopédico como usted. Y si usted no es modesto, declaro que no hay modestia en el mundo. Sí, señor, usted es la modestia personificada. No hay más que hojear sus obras. Todos sus trabajos biológicos, fisiológicos, psí-

ológicos, geológicos, sociológicos, teológicos, si-
cológicos, antropológicos... y cacológicos, lo
toca á voz en cuello. Papeles cantan, don An-
gel Floro. Y ahí están para confirmarlo por la
centésima vez, su *iliosincrática* epístola al re-
dactor de *El Ferro Carril*.

Qué carta la suya, señor don Angel Floro!
Si usted no hubiera escrito aquella muy célebre
y celebrada á su distinguido compatriota el
Coronel Latorre, ni aquella á don Eduvigis
Blauri, ni la otra al señor don Andrés La-
mas; si usted no hubiera escrito ni el opúsculo
La media veritas, ni *El motin militar del 15 de*
Ferro, la carta publicada en *El Ferro-Carril*
hubiese bastado y sobrado para darle fama uni-
versal en este siglo y en los siglos futuros.

Declárole, señor don Angel Floro, que esta
carta ha echado el sello á su reputacion de emi-
nente filósofo, y de perspicuo literato, y de no-
table jurisconsulto, y de inimitable publicista.
La verá usted, ya verá usted como hablarán de
ella los biógrafos del porvenir, porque, para
distraer nos, yo creo que los del siglo diez y nueve
no se ocuparán ni en mucho ni en poco de su
fama y milagros. Pero no, eso no lo verá usted,
que para entonces estará convertido en arcilla
con humus, sino los descendientes de los actua-
les monos, que, segun sus ideas, de aquí á tres
ó cuatro centurias habrán llegado, por bifurca-
cion, á ser tan hombres y tan sábios como us-
ted.

Empieza su carta con un *Muy señor mio* que
vale un Perú. Decirle *muy señor mio* al redactor
de *El Ferro-Carril*! ¿Estaba vd. en habia quan-
to se puso á escribir la cartita? ¡Como los sábios
son tan distraídos! De uno cuenta la his-
toria... pero si principio con cuentos, señor
don Angel Floro, en lugar de divertirme con vd.,
de entretenerme con vd., miento, de con-
pensar con vd., mi epístola será tan larga como
su lengua y tan fastidiosa como su sabiduría.

Conqué, me dejaré de cuentos y volveré á
su carta. Despues del muy señor mio, agrega
vd.—«Antes de ayer dió vd. la noticia de que yo
era el defensor del señor coronel Courtin en
el Jury de apelacion con *La Patria*, la que re-
producida por otros diarios, se ha generalizado
bastante en diversos círculos sociales».

Con su permiso le voy á hacer una pregunta:
¿Qué es lo que han reproducido otros diarios,
La Patria ó la noticia? Yo entiendo que será la
noticia, aunque vd. escribe que es *La Patria*.
Esto, dicho por un ignorante, sería un desatinio
mayor; pero saliendo de la pluma de un sabio co-
mo vd., no es desatino grande ni pequeño;
es una distraccion muy perdonable.

Y otra pregunta voy á dirigirle—¿Sabe usted
lo que significa *reproducir*? Vaya una pregunta
necia! ¡Cómo no ha de saberlo usted siendo
más sabio que Salomon? Lo que hay es... eso
mismo, que vd. es una persona sumamente dis-
traída. Pues reproducir, señor don Angel Flo-
ro, significa volver á producir, ó producir de
nuevo. Y como esa noticia no se ha producido
de nuevo ni se ha vuelto á producir, resulta que
usted debió poner—«la que *transcrita* por otros
diarios, se ha generalizado bastante en diver-
sos círculos sociales.»

Y disimule la correccion de un coprolito, se-
ñor primo del gorilla—«Estoy, pues, en el caso
de rectificarla, añade usted, explicando lo que
ha ocurrido.» Cualquiera quidam se hubiese li-
mitado á desmentir la noticia, sin entrar en
otras explicaciones; pero un sabio como usted,
¿cómo dejaría pasar la ocasion de lucir su sa-
piencia? Así es que, nada más que por el pró-
picio de darse tono y sacar á luz sus conocimien-
tos, se mete usted en camisa de once varas.

¿Quién le pidió opiniones sobre el Jurado?
Quién le preguntó si habia ido á su estudio el
Coronel Courtin, ó si el Jefe Político le habia
consultado sobre esto ó aquello? Maldita vani-
dad la suya, que usted trata de ocultar bajo una
capa de modestia; pero tan mal, señor don An-
gel Floro, que, lo mismo que el orgullo de An-
tístenes, cualquiera la vé salir por los agujeros
de la ropa.

Esa inmodestia no me parece bien en un *ver-
tebrado* de sus antecedentes ó ilustracion. Lo
que sí me parece muy bien es lo que habla
del Jurado. El Jurado, como la lengua, (sin alu-
sion á la de usted) es lo más bueno y lo más ma-
lo que puede haber. Lo más malo cuando con-
dena á las autoridades ó á los sabios como us-
ted, y lo más bueno si encarela á los periodis-
tas, concede el triunfo á los Capitanes de Puer-
to, los abusos de los Jefes Políticos y hace
callar á los escritores independientes.

Si el Jurado que absolvió al diario brasilero,
lo hubiese condenado, era como para cantar
himnos y hosannas á la institucion. Pero absol-
vió á *La Patria*, y ahí tiene usted que el Jurado
es malísimo, pésimo, señor don Angel Floro.
¡Qué ley magnífica es la del embudo!

Venga una ley de imprenta que enfrene la
procaidad de los escritores ignorantes, y per-
mita escribir indecencias á los sabios de la le-
gua. ¿No cree usted que hasta convendría la
censura? Quién lo viera á usted de censor ó de
Fiscal! ¿Aceptaría usted alguno de estos cargos?
Y á propósito, no ha llegado á sus oídos lo que
murmuran los maldicientes? Pues murmuran

«...de la heroica *Paysandú*, por la mejor de las coronas cívicas que ese día ciñeron la frente de los poetas....»

«Echar lodo sobre esto, hacer escarnio del patriotismo de la fiesta, hablar con gárrula desprecio de sus cooperadores, no tener una palabra benévola para la elevación de ánimo y el sentimiento justiciero que han dictado esos conceptos, superar la bilis hasta del *Negro Timoteo*, es algo en verdad tan insensato como es aspirar el sol, es ultrajar los colores inmaculados de la bandera gloriosa que flameó ese día, que imponía á todos los orientales el deber de cultura y de decoro de respetar hasta las radicales de esa fiesta, hasta la penumbra de los errores que la hubiesen inspirado, ó que hubiesen mezclado sus écos al salmo infinito que llevaba el sentimiento universal de un pueblo entero.

«El *Negro Timoteo*, dije, pues bien, ese coprobo arrojado por el postrer movimiento peristáltico de nuestras fósiles banderías políticas—esa especie de válvula de seguridad que da escape á todos los malos humores de este pueblo, todas las deyecciones sociales, despues de vomitar toda su bilis, despues de erutar todo lo que el entusiasmo federal de cintillo y de verga guarda todavía en su pecho contra todo lo que es generoso y grande, noble y augusto y emana de la tradicion contraria; él, decía, ha respetado ese párrafo de mi discurso, pasando sobre él como por áscuas, y ha escondido el rabo y la rabieza como el diablo en presencia de la cruz.»

Esto dice Vd., señor don Angel Floro, y estoy seguro que despues de haberlo escrito no se limpió la mano que estampó tantas inmundicias. ¿Con que usted no cambiaria la gloria que ha conseguido con su discurso *medieval y miocénico*, por la mejor de las coronas cívicas que ese día ciñeron *la frente* de los poetas? Y la cambiaria Vd. acaso, por la cartera de Hacienda, por un sillón en el Tribunal, por un Juzgado de lo Civil, por un Juzgado Departamental? La cambiaria tal vez por ser Presidente ó gerente de ese Banco Nacional, de ese *mónstruo horrendo* que ha salido de su vagina, con garras y todo, esto es, armado de punta en blanco, como Minerva salió de la cabeza de Júpiter? Y perdone Vd. la comparación. Gracias á esos librillos de que he hablado á Vd. en mi primera carta, he podido lucir fácilmente mi erudición y mi ingenio, aunque haya dicho un disparate.

Con qué, vamos, si no cambia usted la gloria de haber pronunciado su discurso de la Florida, por la mejor de las coronas que *ciñeron la frente*

de los poetas, por qué la cambiaría usted? Mientras no me responde á esta pregunta, seguiré hablando á usted de lo que usted seguirá leyendo, si es que merezco el honor de ser leído por un sábio tan modesto, tan humilde, tan bien hablado y tan *antropomorfo* como usted.

Pero ante todo, dígame don Angel ¿cuántas noches se le han pasado de claro en claro y días de turbio en turbio, como á don Quijote, leyendo libros y tomando apuntes para contestar á los *muchachos de La Razon*? No se le habrá secado el cerebro del mucho leer y del poco dormir, como al héroe de la Triste Figura?

¿Y qué tal, le costó gran trabajo la *confección* de las cartitas? Invirtió más tiempo en ellas que en su opúsculo titulado *La caída de la Gironda y el triunfo de la Montaña, ó el motin militar del 15 de Enero*? Y á propósito, don Angel. ¿por qué será que en el catálogo de las obras publicadas por Vd., que trae su último folleto *La metafísica y la ciencia*, no ha puesto Vd. todo el título del opúsculo? Por qué ha dejado en el tintero más de la mitad del título? Esta falta será de caso pensado ó por olvido?

¿Será tal vez porque en el opúsculo trata mal á los jefes que echaron con cajas destempladas al doctor don Eduvigis, uno de cuyos jefes es el Coronel don Lorenzo Latorre, actual Presidente de la República? Será por que le pesa, ahora que se halla Vd. en Montevideo, de haber escrito en Buenos Aires las siguientes palabras, refiriéndose al acta que los jefes levantaron despues de la fuga de Ellauri?—«Hé ahí el acta afrentosa que siete insensatos, instrumentos inconscientes de pasiones é intereses ajenos (quiero hacerles todavía ese favor) han estampado sobre la frente de su propia patria, para su eterna ignominia. La redacción gramatical de ese documento memorable, está á la altura de su criminal cinismo!»

Será, acaso, por lo que sigue:—«Despues de eso ¿qué queda ya á la pobre patria mia? ¡Quién velará por su honra, quién se apiadará de su suerte, quién velará por sus destinos! ¿Existen la sociedad ni las leyes cuando el pretorianismo impera? ¿Existen la constitucion, existen las garantías personales, puede existir el crédito, la honra y la independencia nacional?

«No, mil veces no. Existe tan solo la sumision, el mutismo, el vasallaje de la conciencia pública, impotente para contrarrestar la fuerza despótica del sable—la omnipotente voluntad de los jefes de cuerpo, la de los sargentos y comisarios de policía, la de los cabos, la del tambor, la del soldado, embrutecido por el servi-

lismo de la dependencia pasiva y por los excesos destructores del alcohol. . . .

«¡Tiranos! Permitid á la prensa amordazada que hable, que levante su voz, y vereis entónces cual es el fallo de la conciencia pública sobre vuestros actos.»

Conteste, don Angel Floro, ¿por qué será que en el catálogo de las obras de que vd. es autor, solo se lee *La caída de la Gironda*, cuando el título del opúsculo que dió á luz á bastantes leguas de Montevideo, es este:—*La caída de la Gironda y el triunfo de la Montaña, ó el motin militar del 15 de Enero?* Yo le agradecería que usted me explicara la causa de haber mutilado como las dos terceras partes del título, siendo así que están completos los demás de sus obras, algunos más largos todavía que el del opúsculo citado.

Y perdone la digresion, don Angel Floro. Pasemos á otra cosa. Supone usted que por ódio á todo lo que es noble, grande, generoso, augusto y emana de la tradicion contraria, he respetado el párrafo de su discurso en que hablaba usted de la *invicta Montevideo y de la heroica Paysandú*. No hay tales borregos, don Angel Floro. Si no he criticado ese párrafo de su discurso, es por una razon muy sencilla—porque *en ese y en otros párrafos no criticados*, no decía usted disparates, ni se expresaba en términos *ígneos, metamórficos ni proliferantes*.

Esa es la razon de haber respetado *ese y otros párrafos* de su discurso *churrigueresco*. Y ya que tan desacertadamente ha tocado usted este punto, ya que con tanta impavidez y desparpajo habla usted del *torreon enhiesto de la heroica Paysandú*, yo le preguntaré, don Angel Floro:—¿Dónde estaba usted cuando la *planta profana del audaz extranjero* hollaba el suelo de la patria? El orador que *cantó con entonaciones líricas la gloria de los sacrificios recientes, casi coetáneos*, usted, patriota don Angel Floro, donde se encontraba cuando el *audaz extranjero dirigia su planta profana hacia el torreon enhiesto de la heroica Paysandú?*

Responda, don Angel Floro, ¿estaba usted aquí, en la tierra profanada por el pié del audaz extranjero, cargando un fusil en cumplimiento de su deber de ciudadano? Formaba usted en las filas de los que luchaban contra los soldados del Imperio? ¿Dónde se encontraba usted á la sazón, ilustre filósofo, austero principista, eminente juriseconsulto, doctor peripatético, grandilo cuorador y patriota ejemplar? ¿En Montevideo, en Paysandú, en campaña, cargando la caña hueca como buen hijo de la República Oriental?

Qué habia usted de cargar la caña hueca. Usted, lo propio que su maestro y amigo Juan Carlos Gomez cuando la guerra granada así que supo que *el audaz extranjero iba á profanar el suelo sagrado de la patria*, dió la espalda al peligro; y miéntas sus compatriotas lidiaban y morian junto al *torreon enhiesto de la heroica Paysandú*, usted comia, bebia, dormia y se divertia tranquilamente en Buenos Aires. Y ¿re usted que en esa época ya era grande como que tendria usted sus veinte y cinco años cabales.

Pues así como se largó usted á Buenos Aires en 1863, dejando en la estacada á sus compatriotas, así se hubiera largado al Japon ó Chile, como su maestro y amigo don Juan Carlos Gomez, si hubiera estado en edad de ser enviado á su patria en 1843, cuando en la *invicta Montevideo* peleaban denodadamente sus correligionarios políticos. De lo cual infiero que usted no es de aquellos hombres á quienes se les da donde las *papas quemán*, aunque no es difícil que se les halle donde las *papas se frien y se mueren*. ¿Ha entendido don Angel Floro?

Y oigalos hablar despues! Oigalos hablar sacrificios heroicos y de glorias pátrias! Oigalos hablar diferentes oradores de plazas y cafés! Pero llegue el momento peliagudo, y entónces miéntas Juan Carlos tomará el portante para Chile, miéntas don Angel Floro Costa se irá más que ligero á Buenos Aires. Oh! Catones, Catones! Y diferentes son vuestros pensamientos de vuestros obras, y vuestra charla de vuestros hechos.

Digaseles á estos Epaminondas y Leonidas nuevo cuño: aquí tienen ustedes una poltrona ministerial, una diputacion, una fiscalía, y se verá como aceptan á ojos cerrados la fiscalía, la diputacion ó la poltrona; pero griteseles á los amigos, armas al hombro y á defender la patria, que la *planta profana del audaz extranjero dirige al torreon enhiesto de la heroica Paysandú á los muros de la invicta Montevideo*, y ya se verá cómo disparan más veloces que un gamo á Leonidas, Epaminondas y Catones!

Y me acusa usted de *entusiasmo federal de timo y de verga*, á mí, que tengo siempre un apoyo para todo sacrificio heroico, emane de la tradicion contraria ó de la mia; me acusa usted de entusiasmo federal, á mí, que siempre tengo una palabra de aliento para toda causa buena, y me acusa usted de reprobacion para toda cobardía, sea de los hombres, sea de los partidos de mi país. Pobre don Angel Floro! Y qué bien dijo el Galeno: los diplomatas acortan las orejas.

Mi entusiasmo es patriótico, ántes que

al ó unitario; y respecto de la verga y del cintillo, diré á usted que uso una verga, no unitaria ni federal, sino de toro, y eso para contener los desmanes de los Quijotes ó los atrevimientos de los sabios de la legua; y en cuanto al cintillo, he llevado uno que ostentaba los colores patrios, primeramente en los días en que la *planta profana del audaz extranjero se movía en dirección á la heroica Paysandú*, y más tarde cuando la justa y popular revolucion que terminó con la paz del 6 de Abril.

Ya vé usted que la verga que uso y el cintillo que he gastado, no tienen ni tenían nada de federales. Usted *si que resuella por la herida*, usted sí, que á pesar de sus años y de su larga ausencia de la patria, conserva todavía en su pecho los resabios de las épocas pasadas. Usted sí, que aun *eruta y vomita* odios y rencores de cuando. Y sinó, ¿á qué ha sacado á colación nuestras *fósiles* banderías políticas? ¿Qué tiene que ver que yo pertenezca á tal ó cual partido, cuando no se trataba de partidos sino de su *metamórfico, proliferante y pedantesco* discurso? ¿O cree usted que iba á asustarme con eso? ¿O se figura usted que no tengo el valor de confesar públicamente mis opiniones? Quizás piensa que yo soy de los que cercenan el título de sus obras, por carecer del suficiente valor cívico para repetir en Montevideo lo escrito á muchas millas de distancia?

Pues está usted equivocado, señor don Angel Floro. En *El Negro Timoteo*, en este periódico que, según usted, es una *válvula de seguridad que da escape á todos los malos humores de este pueblo*, he dicho yo, un *coprolito arrojado por el postrer movimiento peristáltico de nuestras fósiles banderías políticas*, lo que usted no ha dicho en *la Caída de la Gironda y el triunfo de la Montaña del Motin militar del 15 de Enero*. Y advierta usted que eso lo he dicho aquí, á las barbas de la Dictadura, en medio del peligro, en la boca del león; mientras que usted ha hablado desde Buenos Aires, bien guardado el pellejo, garantido de sustos y palizas, como un verdadero fanfarrón.

En esa *válvula de seguridad que da escape á los malos humores de este pueblo*, he publicado yo, dos días antes de la manifestacion popular del 18 de Julio de 1876, una poesía titulada *Anatema!* de la cual trascribiré algunas estrofas:

Quando la impura Roma de los Césares,
Degradada nacion sin ciudadanos,
Circos! Circos! pedía, y sus tiranos
Le daban diversiones y baldon;
Dicen que en el sepulcro se animaba

Del severo Caton el polvo leve,
Y que al oír los gritos de la plebe,
Temblaba con patricia indignacion!

Quando el eco brntal de los que piden
Para la patria un absoluto dueño,
Del bravo Lavalleja, el hondo sueño
Llegue en aciago instante á perturbar;
Las cenizas del padre de los libres,
Al escuchar la voz ignominiosa,
De cólera y vergüenza, entre la fosa,
Como las de Caton han de temblar!...

Hoy raquílicas almas, patria mia,
Manchan el brillo de tu vieja gloria;
Y preparan cien hojas á tu historia,
Escritas con la tinta del baldon.
Los que vengan despues, los postrimeros,
Encontrando tus páginas manchadas,
Al nombre de las turbas degradadas
Le arrojarán su justa maldicion!...

Mas, el lábaro santo no ha caido,
Ni el temple varonil del ciudadano;
Aun flota al viento, en su robusta mano,
De tus glorias el ínclito pendon;
Y si hay pueblo que pide la coyunda...
Pueblo? Jamás! Tú pueblo, patria mia,
No incurre en miserable apostasía,
Ni á la América libre hace traicion!...

Suene el grito de Pedro en el Pretorio,
Y con canto triunfal, la muchedumbre,
En afrentosa cruz, lleve á la cumbre
Del vil Calvario al nacional honor.
Tambien la Libertad, como el apóstol,
Gloriosa, altiva, vencedora y fuerte,
Ha de surgir del seno de la muerte,
Hiriendo con su luz al Dictador!

¿Se hubiera Vd. atrevido á escribir eso, ántes ó despues de la manifestacion popular del 18 de Julio? Que se habia de atrever un hombre que deja en el tintero más de la mitad del título de un opúsculo, en el cual se califica de insensato al Coronel Latorre! Y disculpe la reminiscencia, don Angel Floro, que yo me atengo al refran: «quien dice lo que quiere, oye lo que no quiere». Vd. ha dicho todo lo que se le ha antojado; pero aun no ha oído todo lo que yo pienso decirle.

En esta especie de *válvula de seguridad que da escape á todas las deyecciones sociales*, se han denunciado abusos y tropelías y atentados cometidos por la autoridad. En este periódico que *eruta y vomita toda la bilis y el entusiasmo federal de cintillo y de verga*, se ha defendido la ley, la justicia, el derecho y el honor nacional. ¿Se

hubiera Vd. atrevido, en épocas dictatoriales, Vd., un sábio, un ciudadano-ejemplar, un austero patriota, á hacer lo que ha hecho un ignorante, un *coprolito*, el último de los ciudadanos de este país?

Qué acertado anduvo usted en los calificativos. Pobre don Angel Floro! Mire usted, puede ser que mañana, hoy mismo, si del *mucho leer* y del *poco dormir* se le seca á usted el cerebro como al héroe de la Triste Figura, y me lo llevan sin más ni más á un manicomio, puede ser, repito, que *El Negro Timoteo* sea el único que diga:—¡Pero esto es un abuso, un atentado! ¿Porqué llevan á lo de Vilardebó á don Angel Floro Costa, sin que ántes se haya probado científicamente que ha sufrido un ataque de enagenacion mental?.....

Hasta la próxima semana.

Timoteo.

COSAS DE NEGRO

— ¿Qué es lo más parecido al ganso, que grazna como el ganso, que devora como el ganso, y que sin embargo no es ganso?

— La gansa.

— Y qué es lo más parecido á un sabio, que escribe como un sabio, que charla como un sabio, y que sin embargo no es sabio?

— D. Angel Floro Costa.

—
La Revista de Melo, endemoniado periódico que se ha propuesto denunciar todos los abusos y tropelias que cometen las autoridades de Cerro Largo, dice lo siguiente en su número 48.

« El coronel Sr. Cipriano de Moraes, antiguo servidor de la Patria, ha sido víctima de los furroses y de la torpeza de un agente del orden público, en momentos en que aquel se hallaba en unas carreras en el Arroyo Malo. Este miserable soldado, con sable en mano, acomete al coronel Moraes y le asesta una porcion de palos, por el único crimen de cruzar el camino donde iban á correr los caballos! »

La campaña es habitable,
 Dijo un natural de España;
 Y habitable es la campaña. . .
 Para la gente de sable.

¿ No es verdad que la coplilla viene al caso?
 Hé aquí otra :

Si es justo el Gobernador,
 Dijo, el actual Presidente,
 Con un grado superior
 Debe premiar el valor. . . .
 El valor sobresaliente
 Del soldado apaleador.